el cárabo

Nº6 MAYO·JUNIO 1977

DICTADURA DEL PROLETARIADO

VIGENCIA de la POLEMICA

REFLEXIONES FILOSÓFICAS

PODER Y lucha de CLASES

acerca de la experiencia china

TOGLIATTI: EUROCOMUNISMO Y DICTADURA DEL PROLETARIADO.

BIBLIOGRAFIA

La Dictadura del Proletariado: REFLEXIONES FILOSOFICAS SOBRE UN DEBATE POLITICO

J. M. Bermudo Avila

1. *El planteamiento del debate*

Justo o no el lugar donde está planteado el debate, hemos de partir de él, pues dicho lugar —si no es el adecuado, como yo pienso— nos puede servir para entender dos cosas: *a)* cómo este error de localización teórica del problema limita y condiciona las reflexiones sobre el mismo; *b)* cómo esta elección ideológica del lugar del debate —consciente o no— anticipa o predetermina las respuestas.

¿Cuál es ese lugar? El lugar en que se debate y se decide pro o contra la Dictadura del Proletariado es el de la *vía del socialismo*. O si se prefiere: es un debate sobre la estrategia hacia el socialismo. Dejemos de momento las razones históricas y teóricas que han determinado que sea éste el lugar en que enmarca el análisis. Partamos de este hecho que la simple ojeada de la bibliografía sobre el tema nos confirma. Desde aquí no es difícil comprender por qué las cuestiones más centrales de la polémica giran en torno a las siguientes preguntas: ¿es la Dictadura del proletariado la única vía al socialismo o hay más de una?; ¿es la única vía marxista-leninista o leninista?; ¿es válida esta vía para siempre o según las condiciones históricas?; ¿es válida para las formaciones sociales de capitalismo avanzado con formas políticas democráticas? Y toda otra serie de preguntas en torno a éstas.

Si éste es el lugar teórico, la forma en que se con-

creta generalmente está configurada por la «lucha de líneas» en el seno del movimiento comunista. De ahí que el eje de reflexión suele ser: ¿dictadura del proletariado o vía democrática? Esta formulación de la cuestión, que expresa tanto la citada lucha de líneas como la necesidad subjetiva de opción estratégica, cierra aún más, en límites más estrechos, las posibles elaboraciones teóricas. Más aún: condiciona fuertemente las formas de abordar el problema y, por tanto, su resultado.

Un primer efecto de esta impostación general, de este planteamiento de la Dictadura del Proletariado como estrategia o vía al socialismo, y de esta formulación del problema en términos de alternativa *o vía democrática o dictadura del proletariado* es el carácter ideológico del enfrentamiento. Tal cosa aparece claramente en la manipulación del problema que ha hecho la opción democrática *eurocomunista.* Efectivamente, han tenido la habilidad de presentar la batalla teórico-ideológica en los siguientes términos: todos queremos el socialismo. Todos estamos por el socialismo. Lo que se trata de decidir es la vía, la estrategia a seguir para conseguirlo de la manera:

— *Más deseable:* ¿Qué prefiere el pueblo, *dictadura* o *democracia?* ¿Medios *violentos* o medios *pacíficos?* ¿Medios *legales* o *ilegales?* ¿Un poder de la *mayoría* del pueblo o de la *minoría* proletaria?

— *Más posible:* Y montan toda una serie de argumentos, de gran *evidencia* empírica, de gran poder de persuasión, que van desde el poder grandioso de las fuerzas del orden a la nueva estratificación social, de la alienación de las masas populares (sumisión ideológica) a las tristes imágenes de la experiencia soviética.

Nos guste o no, me parece que es necesario reconocer que es en el marco de estas alternativas donde se juega la batalla, al menos en la calle o en los centros de trabajo. Cierto que entre las vanguardias organizadas y en algunos medios intelectuales tales oposiciones causan poco efecto (algunas de ellas ninguno). Pero no creo necesario insistir en que aquí no se trata de una batalla por la *verdad* sino una batalla por las masas para el socialismo. De aquí la gran im-

portancia que concedo a este hábil planteamiento de la *vía democrática,* apoyándose en imágenes y nociones ideológicas que la ideología democrático-burguesa dominante ha arraigado fuertemente en amplios sectores populares: pacifismo, legalismo, relativismo, posibilismo... Por otro lado, este efecto se ve potenciado porque difícilmente el marxismo-leninismo puede defender la violencia, la dictadura y los dogmas universales. Ya sé, ya sé que hay violencias y violencias, dictaduras y dictaduras... Lo que quiero decir es que los esquemas simplistas de la opción democrática tienen muchas cosas a su favor, y obligan a la línea leninista a una lucha ideológica difícil y cuesta arriba, donde es necesario usar armas teórico-ideológicas que actualmente apenas han aparecido.

2. *La forma del debate*

Acabo de señalar que la *vía democrática* se apoya en unas alternativas de fondo ético de fuerte poder de persuasión. Y como fondo ideológico el presupuesto de que la vía al socialismo es opcionable. Juega, en primer lugar, con la atractiva imagen de la *no violencia.* Identifica democracia a libertad y dictadura del proletariado a dictadura, con el contenido negativo que este concepto tiene en unos pueblos perpetuamente oprimidos por una u otra forma de dictadura. ¿Cómo no va a sonar bien eso de que los trabajadores no necesitan, ni antes ni después del socialismo, restringir las libertades? El «¿dictadura? Ni la del proletariado» se traduce por «¿policía? Ni la de la revolución».

Juega también con la ensoñadora imagen del orden, prometiendo que desde la legalidad puede conseguirse la transformación revolucionaria de la sociedad. En el fondo se trata de llevar la democracia existente, la burguesa, hasta sus últimas consecuencias. O sea, se trata de obligar a la democracia burguesa a ser coherente con sus propios postulados. ¿No dice que la soberanía reside en el pueblo? Si ésta, su letra, se niega en los hechos, a los comunistas corresponde simplemente hacer efectiva la letra, exigir y velar por la coherencia. Si en el encanto de

la no violencia se juega con lo *deseable*, aquí se complementa con lo *posible*. Se afirma como posible lo que se expone como deseable: la vía democrática hacia el socialismo.

Ambos factores, deseabilidad y posibilidad, se funden en otro apoyo ideológico: el de la unión y la mayoría. Por un lado, ¿no es encantador que junto a la clase obrera y a las capas populares caminen hacia el socialismo no ya la pequeña burguesía, sino amplias capas burguesas progresistas, la nueva pequeña y media burguesía *asalariada*, etc.? Por otro lado, solamente así, con la unión de *casi todos*, es posible aislar a los grandes capitalistas y convencerles que no queda más remedio que ponerse en línea con el socialismo.

Como puede verse, en todos los argumentos de este tipo subyacen los mismos presupuestos: 1.° Que entre las distintas alternativas estratégicas o vías al socialismo, la más *deseable* es la democrática (embellecida de su no violencia, su ensanchamiento de las libertades que figuran en la letra de la legalidad burguesa, de la unidad de la inmensa mayoría...); 2.° Que en las actuales condiciones específicas del capitalismo europeo sólo es *posible* y adecuado una estrategia europea adecuada.

Planteadas así las cosas, y siempre desde la alternativa *dictadora del proletariado o vía democrática*, todo el embellecimiento de ésta se acompaña (de forma más o menos explícita) de una caracterización terrible de la dictadura del proletariado. Esta vía aparece como *terror rojo*, como vía violenta, represiva e ilegal, como *dictadura* de la minoría proletaria sobre las demás clases, como estrategia basada en la guerra civil...

Por eso decía al principio que la situación teórica del debate encerraba ya anticipadamente la respuesta: planteadas ambas vías como alternativas y opcionables, y teñida la vía democrática de tales encantos, ¿es necesario elegir? No, no puede haber ningún comunista que prefiera caminar por la violencia si lo puede hacer por la paz. La opción *dictadura del proletariado* se ve obligada a entrar en el debate en clara desventaja ante las masas. Le guste o no, esta opción se ve obligada a tomar una posición basada en:

a) *Defenderse* del ataque en la afirmación de que no se trata de *dictadura o democracia*, sino de *dicta-*

dura de la burguesía o dictadura del proletariado (o, si se prefiere, *democracia burguesa o democracia obrera)*.

b) *Atacar* la *ficción* de la posibilidad de la vía democrática, afirmando que no hay opcionalidad, que no hay otro camino hacia el socialismo que el que pasa por la dictadura del proletariado o democracia obrera.

Esta posición que se ve obligada a adoptar en el debate no es nada favorable si de lo que se trata —y se trata de ello— es de ganar a las masas para una u otra vía. La *defensa* debe superar dos duras barreras. Por un lado, la carga ideológica de las palabras: la *dictadura* se entiende como negación de la libertad y dominio de la violencia y la *democracia* se entiende como libertad en armonía y en paz. Las cosas son así y poco se consigue definiendo sus verdaderos significados o sus esencias: el contenido de un concepto es siempre histórico, es el que cada sociedad le otorga desde su uso. La ideología dominante ha conseguido que el concepto *dictadura* tenga un significado determinado. El mismo campo socialista ha contribuido a fijar tal contenido al moverse en la alternativa democrática, enfrentada a la *dictadura* como forma de dominio burgués de excepción. Hoy todo lo que suene a dictadura es una mala mercancía para ser vendida. Las palabras, armas de la lucha ideológica, tienen su *autonomía*, se resisten a cambiar el contenido que se les ha asignado durante tiempo.

La segunda barrera a superar es la identificación que se ha hecho de la *dictadura del proletariado* al régimen político establecido en la URSS. La burguesía manejó hábilmente la forma, el contenido y los efectos del orden político soviético, oponiéndolos a la democracia del *mundo libre*. Los PC europeos, durante varias décadas, afirman aquellas formas políticas como la *expresión de la dictadura del proletariado*. No importa que ciertos sectores comunistas lo presentaran como *degeneración* de la dictadura del proletariado; no importa que los mismos PC europeos acabaran bien por sustituir el embellecimiento por la crítica a su degeneración, bien por convertir esa crítica en la negación misma de una estrategia socialista a través de la dictadura del proletariado. El efecto global fue que ante las masas la dictadura del proletariado se entendía como el orden político

de la URSS. Por lo tanto, el atractivo y opcionalidad de la dictadura del proletariado se hipotecaba al atractivo y al destino de dicho orden político histórico. Así las cosas, no es necesario señalar toda una larga serie de hechos históricos hábilmente manejados por la burguesía, la *desestalinización* en el comunismo occidental, Praga o Hungría, la *desovietización*... para comprender que hoy las amplias masas sean enormemente reacias a cuanto suena a *dictadura*. Así es la realidad: las armas (aquí ideológicas) producidas para dar un paso hacia adelante necesitan ser destruidas en el paso siguiente, lo nuevo se convierte en viejo, lo progresivo en reaccionario.

Si la *defensa* es difícil, el *ataque* no lo es menos. Aquí no se trata ya de embellecer el camino o de mostrar que el color rojo no significa terror. Se trata de mostrar que no hay opción, que no es un problema de elegir entre un camino de rosa y oro y otro rojo y negro. Más aún, se trata de mostrar que no hay otra vía al socialismo que la dictadura del proletariado y que lo demás son mixtificaciones contrarrevolucionarias o ensueños utópicos. Pero también aquí la opción dictadura del proletariado raramente ocupa su lugar; lo más frecuente es que, por la dinámica de la lucha, ocupe el lugar que *puede* o el que la confrontación le asigna. Efectivamente, las dos formas de ataque son: *a)* recurrir a la *fidelidad*, al marxismo-leninismo, montando el ataque apoyados en las citas; *b)* oponer a la alternativa de la *especificidad de la revolución en Occidente*, defendida por la vía democrática, la validez general de la dictadura del proletariado, apoyada en que en todos los países donde se ha dado el salto revolucionario ha sido de forma violenta y contra la legalidad.

La primera forma de ataque, la que se daba en torno a la fidelidad al marxismo-leninismo, ha ido perdiendo progresivamente importancia, sobre todo cuando la vía democrática se preocupa cada vez menos de definirse marxista-leninista (e incluso no es del todo absurdo pensar que le interesa lavar la imagen histórica de marxismo-leninismo, como lavó la de stalinismo, la de prosovietismo, etc.).

3. *La URSS en la superficie y el marxismo en el fondo*

Pienso que no cometo un gran error al afirmar que el frente más serio del debate se da en la cuestión de la validez de la experiencia histórica. Y aunque este debate suele centrarse en la experiencia de la URSS creo que lo que está en juego es la validez del mismo marxismo.

Los argumentos de la vía democrática en este sentido son de un peso considerable, que debería obligarnos al menos a tomarlos como centro de reflexión, en lugar de facilones rechazos con *slogans*, citas o etiquetas. Un primer argumento se monta, más o menos, de la siguiente manera: en Rusia —y, en general, en aquellas formaciones sociales donde las clases populares han tomado el poder— se trataba de conquistar el poder para instaurar una democracia (si se quiere, una *nueva democracia)*; fueron revoluciones contra regímenes no democráticos. Había que conquistar por la fuerza y la violencia al poder para imponer una democracia, la cual en su mismo marco permite la construcción del socialismo. Ahora bien, en los países de capitalismo avanzado y con regímenes democráticos no es necesario ese paso: se trata solamente de ampliar la democracia de que se dispone, exigir trasparencia democrática, exigir coherencia con los mismos principios de soberanía popular inscritos en las constituciones burguesas.

El argumento tiene su garra y no faltan las *citas* (aquí suele ser Engels) de algún clásico para dar autoridad al asunto. Lo que se presupone es claro: los grandes capitalistas no pueden respetar la democracia que ellos mismos han instaurado. La estrategia es clara: apoyándonos en la conciencia democrática de las masas, conciencia que ha contribuido a crear la misma burguesía, exijamos su trasparencia y radicalidad. Como habría dicho Engels —aunque éste lo decía no como línea general, sino como una táctica coyuntural—, son los grandes capitalistas lo que, al no poder seguir dominando con *su* democracia, acaban por ponerse fuera de la legalidad y por recurrir a la violencia. Pero en tal caso se aislarán y echarán

a las masas en manos del socialismo, pues, al fin, sólo el socialismo es democracia.

¿Qué hay debajo de este planteamiento? Notemos cómo se oculta y mixtifican los conceptos: en lugar de entender la democracia en concreto, en sus formas histórico-reales, es decir, y en líneas generales, en lugar de distinguir *democracia burguesa* y *democracia obrera* se habla solamente de DEMOCRACIA (y subyace la alternativa democracia o dictadura). Se oculta lo fundamental: la cuestión del *poder*. Se habla de democracia como conjunto de instituciones pol: ticas: esto permite hablar de democracia en abstracto, de democracia a secas. Se oculta que la cuestión fundamental no es conjunto de instituciones políticas democráticas o conjunto de instituciones políticas dictatoriales, sino *poder de Estado*. Pues el poder de Estado, el poder de clase, puede ejercerse con instituciones políticas democráticas o con instituciones políticas fascistas: son formas de dominación diferentes —entre las cuales el pueblo, en determinadas coyunturas, puede y debe optar—, pero las identifica el hecho del poder de clase.

O sea, el lugar donde se sitúa el debate, a saber, la democracia como conjunto de instituciones oculta la cuestión fundamental: la cuestión del poder. La cuestión de la dictadura del proletariado no es la cuestión del tipo de instituciones políticas a instaurar en la etapa de construcción del socialismo: es la cuestión de la clase que detenta el poder en esta fase. O sea, mientras el debate se mantenga a nivel de las instituciones políticas (Parlamento o no, partido único o pluralidad de partidos, sindicatos o no...) se enmascara el aspecto principal de la problemátca de la dictadura del proletariado. Pues lo fundamental es la clase que detenta el poder y no las formas institucionales de ejercerlo, que necesariamente serán específicas, condicionadas por la forma en que se ha llegado a la toma del poder.

Otro tipo de argumento se basa en la *especificidad* histórica. Incluso se apoya en la cita de Lenin, que afirma que *democracia es una categoría perteneciente al dominio político solamente. La producción es siempre necesaria; la democracia, no.* En buena lógica, lo que Lenin dice de la *democracia* para el *capitalismo* puede decirse de la *dictadura del proletariado* para el *socialismo*. La conclusión es clara: a cada

situación económica en el momento de la transición corresponderá la *forma política* adecuada a lo económico-social. O sea, el socialismo queda escindido en sus dos aspectos: en lo económico las cosas son universales, válidas para todos los pueblos; en lo sobreestructural no hay fórmula universal.

Pero, claro está, bajo este argumento late la misma cuestión que en el anterior: ¿se habla de instituciones políticas o se habla de poder? Pues Lenin tenía razón al hablar así de la democracia: la burguesía unas veces necesita instituciones democráticas y otras fascistas para mantener siempre *su* poder. Difícilmente puede sostenerse que, cuando se defiende la dictadura del proletariado, se está defendiendo la forma institucional que la dictadura del proletariado tomó en la URSS. Si se hace así, si el debate se monta sobre si debe o no haber un solo partido, sobre el tipo de relación partido-consejos..., el problema se enmascara.

O sea, hay que evitar dos planteamientos: uno, el que reduce la dictadura del proletariado a la forma que tomó en URSS; otro, el que distingue la *esencia* y las sucesivas *formas degeneradas* que tomó en URSS. Ambas posiciones son poco dialécticas y ofrecen un flanco muy débil: la especificidad, el carácter histórico de toda realidad (y en particular de toda forma política) en el marxismo. El error de ambas posiciones (condicionado por el lugar del debate impuesto por la vía democrática, como se ha señalado) es el mismo: sustituir el aspecto principal, el poder de clase, por aspectos histórico-secundarios, las formas de institucionalizarse dicho poder.

Con estas consideraciones por delante podemos —creo— entender algunos aspectos de la polémica. La anteriormente señalada alternativa *dictadura del proletariado* o *vía democrática,* siempre entendidas como dos estrategias en la etapa de transición, pasa así a tomar la forma de optar por uno u otro conjunto de instituciones. Así las cosas, se explica la insistencia en la *opcionalidad* o, en su caso, de la *especificidad.* Si en lugar de situar aquí el debate se llevara a su raíz, donde se tuviera que decidir sobre la clase que detenta el poder, las cosas quedarían más claras. Y más aún: serían mucho más favorables para la opción dictadura del proletariado. Pues, ya

se sabe, quien elige e impone el lugar del debate condiciona fuertemente los resultados.

La experiencia de la URSS está siempre en la superficie. Unas veces para mostrar el error universal de la dictadura del proletariado; otras veces, de forma más tímida, para reivindicar la especificidad de cada fase de transición; y también cuando se distingue entre la *esencia* y los *accidentes* de la dictadura del proletariado establecida en la URSS, o el justo momento leninista y la degeneración stalinista... Sin embargo, bajo ese debate hay muchas más cosas en juego: el marxismo mismo, como en seguida veremos.

4. *La dictadura del proletariado y el socialismo*

Parece de *sentido común* que si la cuestión de la dictadura del proletariado es la cuestión de la estrategia en la etapa de transición, el planteamiento *correcto* sea: su validez ha de venir determinada por dos polos, a saber, la *situación concreta* de que se parte y el *modelo de socialismo* al que se debe llegar. Claro, este *sentido común* responde plenamente a la ideología dominante. ¿No se basa toda la racionalidad burguesa en la *adecuación* de los medios de que se dispone a los fines que se persiguen? Efectivamente, el pensamiento burgués se monta sobre este esquema, se rige por este criterio de racionalidad. ¿Hasta qué punto, pues, el situar la decisión sobre la validez o no de la dictadura del proletariado sobre estos dos polos, medios y fines, punto de partida y modelo final es un planteamiento marxista?

Pero sí es frecuente que ocurra, o sea, así es como suele abordarse la problemática de la dictadura del proletariado. Esta tiene que ser valorada desde esta doble referencia: desde la situación en el capitalismo ante los países concretos y con referencia al modelo de socialismo imaginado-deseado. Ahora bien, la valoración respecto a cada polo tiene sus características propias.

Respecto al punto de partida, a la situación concreta, todos sabemos los argumentos. ¿No corresponde a cada situación concreta su táctica y su estrategia adecuada? ¿No es esto marxismo cien por

cien? Y se pasa a describir toda una larga serie de elementos sociales que *especifican* la situación del capitalismo europeo. Pero ¿qué es eso de especificar? ¿Especificar respecto a qué? Y vuelve a salir la URSS y aquellos países *tercermundistas* donde ha cuajado la revolución: son elementos que distinguen el capitalismo europeo del ruso antes del 17, la democracia europea del zarismo, o los aparatos de Estado, o las nuevas capas y categorías, etc. Notemos, pues, el enmascaramiento de la cuestión: se comienza afirmando la necesidad de adoptar tácticas y estrategias a cada situación, se pasa a mostrar que la coyuntura europea hoy es específica respecto a la de la URSS o la de Cuba. ¡Y se deduce que esta especificidad exige una estrategia específica, es decir, en lugar de la *dictadura del proletariado*, la *vía democrática!*

Respecto al punto de llegada lo cierto es que el debate es menos intenso. Digamos que hay una mayor concordancia en el *modelo de socialismo* a construir. ¿Por qué? Porque se sigue disociando *socialismo* y *dictadura del proletariado*. Incluso la expresión que pretende expresar la diferencia entre los modelos de socialismo, a saber, la expresión *socialismo en la libertad* frente a (se supone) *socialismo en la opresión*, en el fondo quiere decir socialismo + democracia en lugar de socialismo + dictadura del proleriado. O sea, se reduce socialismo a lo económico (apropiación colectiva de los medios de producción), por lo cual hay tan alto margen de coincidencia, y de alguna manera se distingue de la sobreestructural, de las instituciones político-ideológicas.

Pero ¿es que realmente se trata de la alternativa o socialismo con democracia o socialismo con dictadura del proletariado? No solamente se sigue hablando de *democracia* en abstracto y como conjunto de instituciones políticas (como antes vimos), sino que se supone que el esquema es: veamos el *presente*, imaginemos en seguida el *futuro*, elaboremos un modelo atractivo y, por fin, seamos racionales y realistas eligiendo una estrategia adecuacionista. ¡Como si el modelo socialista fuera primero en la mente de los hombres para después realizarlo! Esto es despreciar de la manera más ingenua la experiencia histórica en la construcción del socialismo. Experiencia histórica que no solamente nos ofrece pasos atrás y adelante, formas económicas y políticas imprevistas, sino que

pone ante nuestros ojos la lucha de clase en esa etapa, de tal manera que cada forma social que aparece no es la esencia de ningún socialismo ni la esencia de ninguna dictadura del proletariado, sino que es resultado, efecto, de las condiciones de la lucha de clases en esa coyuntura (así deben entenderse la NPE leninista del 23, el stalinismo, la Revolución Cultural, la derrota de los soviets en beneficio del Partido, etcétera). Todas las formas económicas y sobreestructurales son efectos de la lucha de clases; no de la dictadura del proletariado o del socialismo solo, sino de la lucha entre socialismo y capitalismo, entre poder de los trabajadores y poder burgués. Contraposiciones que tienen su movimiento, no siempre hacia adelante, y sus manifestaciones externas, en tal programa económico o tal forma política.

No es, pues, el esquema *condiciones concretas-socialismo* donde los marxistas deben situar el debate de la dictadura del proletariado. Pues no se trata de adecuar los medios (presente) a los fines (futuro) ideados en las cabezas de los hombres, en cuyo esquema se habla de realismo, posibilismo, racionalidad. El lugar teórico es otro, debe ser otro.

5. *¿Dónde situar el debate de la dictadura del proletariado?*

Marx nos da una pista. El no lo situó en relación al socialismo sobre el esquema capitalismo-dictadura del proletariado-socialismo. Marx lo veía como paso necesario en el *proceso* que va de la lucha de clases a la sociedad sin clases. Esto ya nos permite sacar unos elementos preliminares:

- Marx no se lo plantea como *adecuación* de los medios a los fines, no sitúa la reflexión sobre el esquema situación concreta-socialismo. Lo sitúa a nivel teórico, desde su teoría de la lucha de clases. Es así de sencillo: en las sociedades de clase con poder burgués no sólo hay lucha de clases, sino que la clase dominante tiene interés objetivo en reproducir las relaciones de clases; la sociedad sin clases no llega simplemente de la lucha de clases, por cansancio o pacto: llega cuando triunfa la clase

obrera, pasa a dominante y ejerce su poder de clase —cosa que objetivamente no podía hacer la burguesía— en acabar con las clases. Hay que pasar por ahí, por la constitución de la clase obrera como dominante, o sea, por conseguir el poder de Estado como expresión del poder de clase y para controlar y dirigir la lucha de clases hacia la sociedad sin clases.

- Para Marx no se trata de una estrategia hacia el socialismo, como si la dictadura del proletariado fuera una fase entre capitalismo y socialismo. Para Marx el socialismo es la etapa de transición entre capitalismo y comunismo, etapa que comienza con el paso de la clase obrera a clase en el poder. De ahí que —como ha señalado Balibar [1] recientemente— dictadura del proletariado y socialismo son dos formas de decir la misma cosa. Lo esencial de esta etapa de transición es la dominancia del poder de la clase trabajadora, que lo ejerce en lo económico haciendo avanzar el modo de producción *socialista* y en lo político montando un Estado a su medida, adecuado en cada momento a las necesidades de la lucha de clases.

Es aquí donde está la cuestión: para Marx la dictadura del proletariado (que nada tiene que ver con un conjunto de instituciones políticas, y mucho menos con las formas históricas materializadas en la lucha de clases en la transición) es una exigencia de su teoría, una exigencia del paso de la sociedad de clases a la sociedad sin clases. ¿Cómo pueden eliminarse las clases mientras que la clase dominante tiene necesidad objetiva en perpetuarla? Solamente con la toma del poder (de la forma que sea) y con el ejercicio del poder de la única clase que no solamente no tiene interés objetivo en mantener las clases, sino que tiene necesidad de eliminarlas. Ese es el lugar del debate: exigencia teórica y en el dominio de la lucha de clase.

Situado el debate en el proceso de la lucha de clase, no cabe duda de que lo que en la realidad se da identificado, nosotros podemos y debemos separarlo en aspectos para el análisis. Así, si esa lucha de clase en la transición se expresa en la toma del poder por la clase trabajadora (clase dominante, inversión en la contradicción de clases) y como apropiación colectiva

de los medios de producción (socialización, inversión de la contradicción capitalismo/socialismo), es justo que para el análisis lo separemos. El error surge cuando dejan de verse como aspectos de un proceso único y comienza a jugarse con combinaciones ideales y con mixtificaciones de todo tipo, como las antes señaladas. Escindimos y desconectados ambos aspectos, nos enredamos en el debate señalado; viéndolos como aspectos de *un* proceso, el proceso social de las sociedades clasistas a las sociedades sin clases, aparece un nuevo sentido del debate o, si se prefiere, un debate nuevo.

Lenin nos da otra pista. Si en torno a la Revolución rusa de 1905 Lenin hablaba de *dictadura democrática del proletariado y el campesinado* (expresión que en la conciencia dominante parecerá contradictoria, pero que en el leninismo es enormemente coherente: *dictadura democrática* es *dominio democrático* para distinguirlo de otras formas de dominio-dictaduras no democrático), no ocurrirá así en sus famosas *Tesis de Abril*. En torno a 1905 Lenin pensaba que, efectivamente, había unas tareas democratizadoras a cumplir. No veía el paso de la Rusia zarista al comunismo sino con el esquema evolucionista dominante en toda la socialdemocracia europea. En vísperas de la Revolución de Octubre gritará, sin embargo, *todo el poder a los soviets*. Y esto no era otra cosa que la instauración del poder de la clase obrera: la dictadura del proletariado.

Para Lenin la dictadura del proletariado no era un conjunto de instituciones políticas: era una fase histórica del desarrollo de la lucha de clases que comenzaba propiamente con la toma del poder por la clase trabajadora.

Vemos, pues, la coincidencia con Marx: es en la lucha de clases donde aparece como necesario (en Marx necesidad teórica, en Lenin necesidad concreto-histórica) el paso por la dictadura del proletariado. Pero hay otro aspecto a destacar: en *Sobre la cooperación* (1923) Lenin debe autocriticarse tanto de ciertos pasos en lo económico como en lo político. La Nueva Política Económica, que tan mal cae a muchos *trotskistas*, debe servirnos para aprender. ¿Aprender qué? Aprender que la dictadura del proletariado no es un programa, ni una constitución ni un conjunto de aparatos. Es un momento histórico en el que, a

pesar de detentar el poder de Estado la clase obrera, permanece la lucha de clases, hay pasos adelante y atrás, las formas económicas y políticas avanzan y retroceden y expresan en cada momento la correlación de fuerzas.

Balibar ha ido más lejos. No solamente identifica dictadura del proletariado a socialismo, a fase de transición al comunismo, sino que señala cómo socialismo o dictadura del proletariado como *tendencia* que aparece ya en el capitalismo. Y pienso que no le falta razón. Tal cosa permite dejar de entender la relación capitalismo-socialismo como *externa*. Piensa que este planteamiento (los dos bloques, los dos mundos) expresa el mecanicismo burgués. Piensa que la posición dialéctica pasa por ver la contradicción en la unidad. Y así en la etapa imperialismo, capitalismo y socialismo o dictadura del proletariado son dos tendencias cuyo desarrollo desigual nos permita entender que tanto en China o Cuba como Francia o España la lucha se da —la misma lucha— a niveles diferentes. Ese desarrollo desigual sería la base de que en unas formaciones sociales el aspecto principal de la contradicción sea la dictadura del proletariado y en otros siga siendo el capitalismo. Y esto permite una valoración nueva de la experiencia de los países en la fase de transición: no es que la dictadura del proletariado sea *violenta en sí*, sino que la lucha de clases es siempre lucha, violencia; no es que la dictadura del proletariado haya nacido degenerada o pase posteriormente a prostituirse, sino que la lucha de clases no es una línea clara y ascendente.

Esta nueva situación del problema borra por completo la idea de que la dictadura del proletariado sea una estrategia que primero se piensa y formula y luego se aplica. Por el contrario, aparece como una tendencia y una necesidad *teóricamente* mostrada por Marx y *prácticamente* en cuantas experiencias históricas tenemos de inversión de la hegemonía y dominio de clase. No es una cuestión deseable o no; no es una cuestión opcionable o no. Más aún, dejado bien claro que no se confunde ni con un programa ni con un modelo de constitución política, en rigor nos permite entender que ni siquiera este modelo de formas políticas son configurables *a priori*. Lo que se afirma es la necesidad de esa fase de poder de la clase trabajadora en el proceso de lucha de

clases: pero su ritmo, sus manifestaciones en lo económico y sobreestructural, y sus desplazamientos, es imprevisible. Podemos aprovechar experiencias, y debemos hacerlo: pero será la forma concreta de desarrollo de la lucha de clases en cada momento la que decida si *consejos* o *Partido* y la relación entre ambos, si monopartidismo o pluripartidismos, si se permitirá o no la *oposición* y en qué condiciones...

6. *Perspectiva marxista: la lucha de clases*

No es nada extraño que el debate sobre la dictadura del proletariado no se haya montado sobre la lucha de clases, sino desplazado sobre el problema estratégico aislado de la perspectiva de la lucha de clases. No es extraño porque, nos guste o no, ha sido la vía democrática la que ha elegido el lugar de la confrontación y que, al menos parcialmente, ha arrastrado a ese plano a la alternativa leninista, obliga a dar respuesta donde surge la confrontación. Pero tampoco es extraño el lenguaje político en el que la conciliación sucede a la lucha, la *superación* a la *destrucción*, la unidad de los opuestos a la agudización de la contradicción. ¿Es que no se ha renunciado ya a la lucha de clases?

Al menos sobre el plano teórico-ideológico no es fácil. La lucha de clases no es una *idea*, ni siquiera es un resultado real de la puesta en práctica de unos programas de acción política. La lucha de clases está ahí, y difícilmente puede ponerse en duda. Eso sí, puede enmascararse, conciliarse en lugar de agudizarla; pero hasta los socialdemócratas saben que no deja de existir porque se la oculte o se la niegue en declaraciones o en análisis. Sin embargo, la dictadura del proletariado sí puede enmascararse. Para ello nada mejor que abandonar la perspectiva marxista de la lucha de clases y desplazar el análisis a cuestiones de estrategia o modelos deseables. Y así se consiguen los resultados apetecidos: es totalmente coherente la mixtificación de la dictadura del proletariado con la admisión obligada de la lucha de clases pero con la práctica de conciliación de clases.

Ahora bien, ¿por qué surge la necesidad de negar en lo teórico-ideológico la dictadura del proletaria-

do? ¿No habría sido más *político* dejarla semiolvidada, mantenerla en alguna declaración sin relevancia y perder su perspectiva? O sea, ¿no hubiera sido posible dejarla en la letra, como la lucha de clases, pero olvidarla tanto en los análisis como en la práctica política?

No, no era posible. Notemos cómo la necesidad de negarla abiertamente ha surgido, en primer lugar, mucho después de haber renunciado a ella como arma de agitación política; en segundo lugar, en los momentos de auge de la política interclasista. No se trata solamente de la mala venta que tiene toda mercancía rotulada *dictadura* en las capas populares y en amplias capas burguesas; se trata también de convencer a las élites políticas burguesas. Estas saben muy bien lo que quiere decir dictadura del proletariado en marxismo: no ya violencia, cosa que no les asusta mucho por estar habituados a ella, sino poder de Estado ejercido por la clase trabajadora; no ya falta de libertad, sino ejercicio de un poder político dirigido a acabar con las clases. Este es el nudo de la cuestión: ¿puede admitir la burguesía imperialista un programa político que declara abiertamente que su objetivo principal es acabar con ella? Pues es esto lo que quiere decir dictadura del proletariado. Y es esto lo que no puede perseguir ningún programa burgués: acabar con la clase obrera. ¿O no?

* * *

Antes de terminar quiero salir al paso de una crítica que fácilmente puede surgir. Me refiero a que, establecida la dictadura del proletariado como proceso de transición en el que la clase obrera detenta el poder, no queda claro la forma de acceso a ese poder. Podrá pensarse que la cuestión de la alternativa *vía democrática* o *dictadura del proletariado* queda solamente desplazada: de situarse en la transición socialista pasa a situarse en el momento revolucionario.

Pienso a este respecto que no se trata de idear la forma que tomará la revolución. Afirmar la transición pacífica no es menos especulativo que imitar el asalto al Palacio de Invierno. Pienso que lo fundamental aquí es subrayar el carácter de necesidad que tiene la dictadura del proletariado en el marxismo-

leninismo. Saber por dónde hay que pasar da alguna claridad sobre el camino a seguir. La cuestión de la estrategia no es algo definido desde la dictadura del proletariado ni desde la afirmación de la lucha de clases, pero la condicionan. Al fin la teoría marxista se apoya en dos principios: reconocimiento de unas *tendencias* históricas y reconocimiento de la posibilidad de intervenir en ellas. Esta intervención, que se expresa en las tácticas y estrategias, han de saber unificar lo general (la tendencia) y lo particular (las condiciones concretas). Por otro lado, pienso que la posición revolucionaria en el marxismo pasa por agudizar las contradicciones y no por conciliarlas. ¿O no era esto lo que Marx criticaba a Proudhon?

Sería muy cómodo y rotundo afirmar que la toma del poder ha de ser violenta. Pero yo pienso que los pueblos no quieren la guerra ni la *dictadura*, ni la necesitan. Ahora bien, la lucha de clases tiene su dinámica antes y después de la dictadura del proletariado. Y los hombres no *eligen* sino que se encuentran metidos en esa lucha de clases.

J. M. Bermudo Avila.

[1] He de reconocer públicamente la fuerte dependencia de este artículo respecto al trabajo de ETIENNE BALIBAR, *Sur la dictature du prolétariat*, Maspero, París, 1976. Col. «Theorie». De alguna manera me sirvió de materia prima *desde* la cual monté mi reflexión y de posición teórica *frente* a la cual, por constante demarcación, tomé postura.